

**D**e acuerdo con las pocas noticias que sobre la problemática racial pueden leerse en los medios informativos cubanos, el gobierno ha redoblado sus esfuerzos para mostrar, de alguna manera, una imagen de preocupación por el tema. Mucho ha influido la constante presión que sobre ellos ejerce el movimiento antirracista independiente y, desde luego, el empeoramiento constante de las condiciones de vida de los afrodescendientes. Al calor de esos acontecimientos y en medio del “Año Internacional de los Afrodescendientes”, la intención ha tratado de hacerse más ostensible, especialmente en cuanto a la imagen que se quiere dar al exterior y a



los organismos internacionales, que ya han mostrado su desvelo sobre lo que en realidad acontece.

Hace algunos meses las autoridades cubanas organizaron el seminario “Cuba y los Afrodescendientes en América”, en el Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello. Se trató de un evento selectivo para evitar que pudiera sonar alguna nota discordante. Además, se tuvo el

cuidado de invitar a diversos representantes de organismos internacionales, junto con activistas y estudiosos de la problemática racial en las Américas, reconocidos por su lucha contra las desventajas que enfrentan africanos y afrodescendientes en las más diversas latitudes, pero que en el caso cubano parecen mostrarse complacientes, en algunos casos, con lo que sucede en la Isla y tratan de ofrecerle un liderazgo en esa lucha, que no merece la política de varias décadas de retórica en torno al tema.

La participación de los cubanos fue restringida. Se redujo a un grupo de especialistas, que en su mayoría han venido comulgando con las posiciones oficialistas. Junto a ellos estuvieron ministros y jefes de organizaciones y comisiones progubernamentales, que se encargaron de dar la tónica apropiada al interés del Estado. Como era de esperarse, las declaraciones finales cuidaron de explicitar la voluntad política del poder constituido por enfrentar y tomar medidas con respecto a la desventajosa situación que afrontan los afrodescendientes.

¿Cómo es posible dar crédito a esas y muchas otras declaraciones de buena intención? Se manifestó, por ejemplo, el propósito de llevar el tema a un debate público en un ambiente abierto y plural, pero la mayor parte de los participantes se repetían sin abrir las puertas a los líderes y activistas del movimiento afrodescendiente independiente, enfrascados en confrontación que los ha llevado, como es común en estos casos, a ser tildados de enemigos del país. Todo ello, más que una apertura, significa un nuevo paso en el desconocimiento a ultranza de estos grupos y del verdadero trasfondo de la problemática.

¿Habrá voluntad política para enfrentar esos males e intentos creíbles de romper con la pernicioso politización del tratamiento oficial de la problemática? No puede haberla con eventos de esta naturaleza, completamente manipulados, que solo contribuyen a impedir el necesario debate ciudadano para dar curso a un problema que involucra a toda la nación. Al contrario, se continúa acusando de agentes del imperialismo y de contrarrevolucionarios a quienes intentan sacar a la luz pública los problemas que afectan a los afrodescendientes, indagando las verdaderas causas del mantenimiento y constante reproducción del racismo y sus secuelas en Cuba.

Nada de lo que sobre el evento se ha publicitado por los medios oficialistas tiene que ver con el operativo policial que, poco tiempo después, se llevó a cabo para impedir la celebración del III Aniversario del *Comité Ciudadanos por la Integración Racial*, cuyos pormenores pueden encontrarse en el trabajo que ve la luz en esta edición bajo el título “Feliz Aniversario”.

Un seminario segregado política, social y culturalmente, donde se evitó a toda costa la presencia de la palabra discordante, no puede llevar a vías de hecho ninguno de los propósitos que allí se enarbolaron. O pretenden que los afrodescendientes cubanos sigan esperando con los brazos cruzados por que el poder y sus representantes, cuidadosamente seleccionados, decidan cómo enfrentar los problemas que afectan a millones de ellos, o acaso tienen que seguir aceptando la contrapartida oficial de crear líderes artificiales que, de una forma u otra, repiten y tratan de justificar lo que se piensa y desea oficialmente, para lo cual hacen a veces reconocimientos de verdades de Perogrullo, encaminadas a justificar lo injustificable.

A su vez resulta lamentable que los participantes extranjeros allí reunidos no se preguntaran dónde estaban los representantes del movimiento antirracista independiente. Parece como si desconocieran su existencia. Algunos prefieren hacerse de la vista gorda ante la ya prolongada lucha alternativa de estos grupos por lograr el reempoderamiento ciudadano, para que los protagonistas de los cambios ya impostergables sean precisamente quienes sufren las penurias de un racismo lejos de haber sido desmantelado, como afirmaran el ministro de Cultura y el organizador principal del seminario.

¿Cómo puede seguirse sustentando el criterio de que Cuba constituye uno de los centros del movimiento antirracista mundial, si destacadas personalidades nacionales con ideas, proyectos y soluciones alternativas son considerados apátridas y contrarrevolucionarios, y se les impide ejercer el derecho “constitucional” de expresarlos públicamente, presentarlos y debatirlos en un ambiente democrático?

Sería muy productivo que, en algún momento, estos visitantes salgan del itinerario que cuidadosamente se les prepara para eludir el contacto con la “Cuba Profunda”, donde se enfrentarían a realidades cotidianas que desconocen o prefieren desconocer: barrios populares donde pululan las evidencias de una vida marginal y marginada, en los cuales los afrodescendientes y otros grupos subalternos arrostran condiciones de vida infrahumanas sin que se vislumbren las oportunidades de salir de ellas en un futuro inmediato, como ocurre en el barrio “El Hueco”, que se describe en artículo homónimo de esta edición.

*ISLAS* vuelve a ser un rostro opuesto a esa tendencia oficial. Aquí los lectores podrán encontrar análisis y reflexiones sin las aberraciones, cortapisas y eufemismos que distinguen a los representantes gubernamentales, muchos de los cuales viven alejados del verdadero panorama cotidiano de los afrodescendientes.

Un asunto que salta a la vista en muchos trabajos de esta edición es la imperiosa necesidad de que la cuestión sea tratada en clima democrático, donde puedan expresarse libremente no solo los afrodescendientes, sino todos los grupos subalternos, para que desde distintos ángulos y con diferentes argumentos se aborden la discriminación, la segregación o al menos el desconocimiento de sus necesidades e intereses más apremiantes.

Manuel Cuesta Morúa examina en “Diálogo al interior del debate racial...” la acción afirmativa, sus orígenes, ventajas y limitaciones, sobre todo en sociedades como la cubana, donde la población negra y mestiza está lejos de constituir minoría étnica. Para este analista político y social lo “que Cuba necesita [es] un doble replanteo asociado: de su modelo de Estado... y de su proyecto de nación, culturalmente excluyente...” Se defiende la idea de enfrentar el problema racial con “fórmulas políticas propias” y se patentiza: “Eso se llama reempoderamiento... el conjunto de políticas que promueven la autonomía de los actores sociales en base al reconocimiento de su capacidad constitutiva, de la construcción de sus identidades y de su derecho a definir y participar en la voluntad política del Estado desde sus identidades constituidas”.

Cabe entonces la pregunta: ¿Se desconocen estas y muchas otras ideas sustentadas por los grupos independientes del movimiento antirracista entre quienes se sumaron al coro del seminario en el instituto “Juan Marinello”? Al parecer sí. Y así contribuyen a reforzar las zonas de silencio y tergiversación que María I. Faguaga relaciona en la sección “Perfiles”. Así justifican la imagen edulcorada que sobre la vida de la población negra se empecinan en presentar al mundo, y no decimos a Cuba y los cubanos, porque salvo algunas notas publicadas para ensalzar los resultados del evento, los cubanos — ni siquiera los estudiosos que examinan ésta desde instituciones oficiales — se enteraron de lo que allí realmente se discutía. Algunos, fuera de La Habana, no supieron siquiera que hubo tal evento.

Por último, y no por ello menos importante, el equipo de realización de *ISLAS* y todos sus colaboradores se congratulan por dedicar este número a tres paradigmáticas figuras del mundo artístico-musical cubano que nacieron en 1911.

Dr. Juan Antonio Alvarado Ramos  
Editor Jefe